Evasio Rabagliati
SALESIANO

Conferencia

sobre la necesidad

DEL AISLAMIENTO DE LEPROSOS

dada en Bogota el 2 de Agosto de 1896

en la Sesion Solemne de la

Sociedad de San Lazaro

BOGOTA
IMPRENTA NACIONAL
175 B = Calle 9 = 175 B

M DCCC XC VI

Evasio Rabagliati
SALESIANO

Conferencia

sobre la necesidad

DEL AISLAMIENTO DE LEPROSOS

dada en Bogota el 2 de Agosto de 1896

en la Sesion Solemne de la

Sociedad de San Lazaro

BOGOTA
IMPRENTA NACIONAL
175 B = Calle 9 = 175 B

M DCCC XCVI

Conferencia

Domine, si vis, potes me mundare. Et extendens Jesus manum, tetigit eum, dicens: Volo, Mundare. Et confestim mundata est lepra ejus.

Señor, si tú quieres, puedes limpiarme. Y Jesús, extendiendo la mano, le tocó, diciendo: "Quiero; quéda limpio." Y al instante quedó curado de su lepra. (Math. VIII, vs. 2 y 3).

Hé aquí la eficacia de un poder sobrehumano, de la palabra divina; Dios puede todo lo que quiere, y lo puede con un simple acto de su voluntad soberana. Al principio de todos los tiempos, bastóle un *fiat*, para que del profundo abismo de la nada, saliera todo cuanto existe: llegan los tiempos prefijados desde toda la eternidad para la redención del género humano; Jesús es el verdadero hijo de María, pero es al mismo tiempo el verdadero Hijo eterno de Dios; por esto es por lo que de la Humanidad no se separa la Divinidad; y es en virtud de esta su divinidad como hace cosas maravillosas. *Surge et ambula*, "levántate y camína," dice

á un paralítico; y éste se levanta y camina por vez primera después de treinta y ocho años que no lo había hecho.

Adolescens, tibi dico, surge, dice al difunto hijo de la viuda de Naim; y la vida vuelve instantáneamente á aquel cuerpo yá prisionero de la muerte, y el difunto es restituído, lleno de vida y de bríos, á su madre, que en un momento trueca su llanto de dolor en llanto de alegría. *Lazare, veni foras,* grita al amigo Lázaro, yá en el sepulcro desde cuatro días, y el difunto, al sonido de aquella voz misteriosa y omnipotente, rompe las ataduras que le aprisionan, y preséntase de improviso vivo y sano ante la mirada estupefacta de Marta y Magdalena y de todos aquellos que se hallaban presentes en tan conmovedora escena. Y milagros así, sucédense sin interrupción en los pueblos de la Judea y de Galilea, durante los tres años de la vida apostólica de Jesús. Todos los elementos reconocen y acatan su voz; ninguno se le resiste: tan absoluto es el imperio que Jesús ejerce sobre ellos.

Pero en el hecho del leproso hay una circunstancia singular, que es bueno observéis y meditéis. Al presentarse el infeliz leproso delante de Jesús para suplicarle le diera la curación, y al pedírsela con palabras tan sencillas y conmovedoras, al instante Jesús accede á su petición

y otorga la gracia que le es solicitada. A los diez leprosos que con el mismo fin se le acercaron en otra ocasión, exigió primero que se presentaran á los sacerdotes, para de este modo probar su fe y su obediencia. La infeliz Cananea, que con tánta insistencia pedía á Jesús la curación de su hija, fue tratada por Él con aparente aspereza durante largo rato, para poner á prueba su humildad y perseverancia antes de hacer el milagro. En todos los demás milagros que Jesús hizo, encontramos que casi siempre ponía alguna condición, como precio de la gracia pedida; cuando menos, exigía fe sincera y viva en los solicitantes. Aquí las cosas pasan muy distintamente: apenas el leproso acaba de pronunciar su ternísima súplica, Jesús la atiende y la despacha favorablemente; no pone condiciones, no sufre demora, no hace su acostumbrada averiguación para saber si tiene fe el leproso; nada absolutamente. *Ipse dixit, et factum est,* la gracia fue instantánea. *Domine, si vis, potes me mundare;* "Señor, si tú quieres, puedes limpiarme;" "sí, sí quiero." *Volo, Mundare:* "quéda limpio." ¿Por qué esta preferencia por el pobre leproso? ¿Será que Jesús, que penetraba en lo más recóndito de su alma, encontró en ella mucha fe? Quién sabe. ¿Lo habrá hecho Jesús por ostentación? Nó, absolutamente; esa mezqui-

na vanidad no cabía en el corazón santísimo del Salvador; tanto más que, habiendo pasado el hecho secretamente entre el leproso y Jesús, exigió éste que se mantuviera en absoluto secreto; "mira que no lo descubras á nadie," acabó por decirle: *vide, nemini dixeris.* ¿Por qué, pues, esa preferencia tan excepcional de Jesús por el leproso? Yo creo que no peco de temeridad si juzgo que Jesucristo lo ha hecho así, precisamente porque se trataba de un leproso. Es que al verse delante de aquel infeliz, obligado por la ley á vivir fuera de la ciudad, solo, sin la compañía de ninguno de sus deudos, sin sociedad de ninguna clase, ni siquiera la de otros enfermos como él, todo cubierto de asquerosas llagas desde los pies hasta la cabeza, sin ninguna clase de consuelos,—el corazón compasivo de Jesús se conmovió profundamente; no pudo resistir aquella vista ni siquiera por un momento, y obró el milagro.

Hermanos míos: Jesús yá no está entre nosotros para renovar los prodigios de antaño; pero tiene aquí servidores, discípulos é hijos que lo representan; y servidores, discípulos é hijos lo son todos los buenos cristianos; lo sois todos vosotros, hermanos míos; en particular lo sois vosotras, beneméritas señoras de la Sociedad de San Lázaro. Y en representación de la numerosísima familia de

los lazarinos de Colombia, hoy me presento á vosotros, para repetir la súplica que el leproso del Evangelio dirigía al Divino Maestro Jesús. Y generalizando más mi plegaria, la haré á toda Colombia, madre de tántos miles de hijos desventurados. Díme, pues, querida Tierra Colombiana, ¿quieres tú salvar á tántos hijos tuyos de ese monstruo que los devora, y con su salvación procurar la tuya y la de las futuras generaciones? Esa salvación depende de ti; si tú lo quieres, lo puedes. Contestadme vosotros en su nombre. Y se presenta luégo la Ciencia y me contesta con franqueza: lo quiero; sí, yo quiero curarlos á todos; ese es mi grande afán y mi único anhelo. Bendita seas, ¡oh Ciencia! divina emanación: Dios te guíe en tus investigaciones, para que pronto veas coronados tus magnánimos esfuerzos y tus hermosas esperanzas. Pero la cosa es urgente: la Ciencia es espaciosa y va lenta en sus descubrimientos; mientras tanto, el mal crece y cunde en todas partes; el monstruo de la lepra cada día va haciendo nuevas víctimas; pronto el mal será tan grave que no encontrará remedio. ¿Qué hacemos? Contéstame tú, ¡oh Caridad colombiana! Sí; si tú lo quieres, lo puedes; y yo lo quiero, me contesta en vuestro nombre. Bendita seas tú también, ¡oh hermosa Caridad, hija primogénita de Dios! ¿Ratificáis vosotros esa

promesa hecha en vuestro nombre? Sí, sin duda; pues no es posible desairar á esa hermosísima hija del cielo, la Caridad. Entonces, compendiaré en pocas palabras todo el argumento de esta Conferencia: si lo queréis, lo podéis: en una voluntad firme, generosa, general, está el remedio del mayor mal que aflige y azota á Colombia: la lepra.

Hace un año que desde esta misma cátedra de verdad, con mucho miedo de mi parte, os anunciaba el proyecto de un Gran Lazareto en Colombia; he dicho con gran miedo de mi parte; sí, porque comprendía perfectamente desde entonces toda la magnitud de la empresa, y me parecía temeridad no tan solo el acometerla, sino el anunciarla. Una empresa de esta clase no la puede acometer un hombre solo, á no ser que haya perdido el juicio; mucho menos llevarla á cabo, aunque tenga muy sana la mente. Se requieren muchos hombres, muchas voluntades, esfuerzos comunes, grandes y perseverantes; todo esto sabía yo perfectamente; y, sin embargo, me atreví á lanzar al público la idea que bullía en mi mente y que mi corazón acariciaba. ¿Por qué lo hice así? Por una razón sencillísima: había pasado yá entre vosotros

seis años seguidos; durante aquel tiempo había visto nacer, crecer y prosperar muchas instituciones bajo el manto de la Religión y de la Caridad; y llegué fácilmente á persuadirme de que aquel que solicitara una vez más esa caridad colombiana, en favor de una obra nueva eminentemente religiosa y humanitaria, no sería por cierto desatendido. Llegué hasta convencerme de que la obra que se iniciara en provecho de la numerosísima familia de los lazarinos, tendría un favor especial, una protección mayor de la que habían obtenido las nacidas anteriormente. Sostenido por esta confianza, os comuniqué mi pensamiento; de manera que si fui temerario en trazar planes tan atrevidos y acariciar ideas tan halagadoras, vosotros tenéis toda la culpa; la tiene vuestra generosidad y vuestra caridad nunca desmentidas. *Audaces fortuna juvat*, ha escrito el poeta latino; es precisamente lo que me pasó á mí; fui audaz, y me valió la audacia. En aquel mismo día, al bajar del púlpito, fue á hablarme un caballero que había asistido á la conferencia. "Padre, me dijo, agradézcole en mi nombre, en el de mi familia y de mi patria, la verdad que nos ha predicado; nunca se nos había hablado con esta franqueza; ni yo ni nadie sospecha siquiera cuán grave es el mal que nos amenaza. Por parte mía estoy pronto; si ini-

cia esa obra salvadora, yo le daré una crecida suma en nombre mío y de mi madre, que amó mucho á los lazarinos y trabajó mucho para ellos mientras vivió." Y me indicaba la suma. Yo había dado un consejo: que cien familias pudientes de la capital pusieran mil pesos cada una, para así dar principio á la obra. Y aquel generoso caballero se suscribía con dos mil. Otra sorpresa muy agradable me aguardaba en aquel momento. El Ilustrísimo Señor Arzobispo, que había oído la conferencia, me hizo saber que á él correspondía el primer puesto, como un puesto de honor en aquella noble y santa cruzada que se iba á iniciar, y que, en consecuencia, él quería encabezar la lista de las suscripciones; yo me habría contentado con la cuota indicada de mil pesos, pero él quiso firmar dos mil: mil en su nombre y otros mil en nombre de la Arquidiócesis. Aquella firma era de mucha significación para mí; significaba su alta aprobación, y la aprobación de la Iglesia colombiana. El miedo que había tenido en un principio, iba disminuyendo, y se me acabó casi por completo cuando, á la aprobación por escrito del Prelado de la Arquidiócesis, se añadieron otras y otras más.

Vosotros las habéis leído ciertamente; bellísima la del representante del Sumo Pontífice León XIII; bellas y tiernas las

de los Prelados de Medellín, de Panamá, del Vicario Apostólico de Casanare, quienes á la sazón hallábanse casualmente en la Capital; todos ellos aprobaron y bendijeron el proyecto. Las autoridades civiles, por su parte, acogieron bajo su alta protección la empresa; y no solamente se contentaron con aprobarla, sino que quisieron recomendarla encarecidamente á los cuatro millones de colombianos. Respetabilísimos caballeros se unieron en Junta para alentarme y dar prestigio á la obra con su nombre. Entonces se inició la obra en serio, comenzando por la Capital.

No ignoráis ciertamente cuán molesto sea eso de pedir limosna; y cuando el que se presenta á pedir no es solamente un extraño desconocido, sino que es un extranjero, la cosa reviste muchas más dificultades; y sin embargo, yo me he presentado á vosotros con santo descaro; he golpeado á la puerta de vuestras casas; os he pedido una limosna para vuestros pobres lazarinos; y no me contenté con una limosna cualquiera, sino que fui exigente: he pedido centenares y miles de pesos, y vosotros fuisteis tan complacientes y tan generosos conmigo, que me habéis dado mucho más de lo que yo podía esperar. En dos meses, las suscripciones subieron á 180,000 pesos, advirtiendo que apenas una cuarta parte

de la población alcanzó á dar; no porque los otros se hayan rehusado, sino porque yo no tuve tiempo disponible para ir á pedirles. ¿Cuándo se vio un espectáculo semejante? ¿Cuándo pudo reunirse una suma tan crecida en tan corto tiempo? ¿Qué otra obra de caridad obtuvo tánto favor público como la obra del Gran Lazareto iniciada á favor de los pobres lazarinos de Colombia? Y para satisfacción vuéstra y para honra de la sociedad bogotana, yo debo hacer una confesión pública; debo decir que, con rarísimas excepciones (y digo rarísimas excepciones, puesto que no llegaron á media docena los que no dieron), todos, todos sin excepción, se suscribieron con generosidad. ¡Oh! ¡qué tiernas escenas me tocó presenciar en aquellos dos meses! "Padre, recíbame esta pequeña limosna (era una jovencita de catorce años quien me hablaba), no son más que 20 fuertes, pero es todo mi capital disponible por hoy; es regalo de mis padres para comprarme un vestido nuevo; pero no lo echo de menos, y por este año me contentaré con los viejos. Por otra parte, nada me falta en mi casa; y á los lazarinos faltan tántas cosas; recíbame esta pobre oferta, y conviértala en pan para los más necesitados." ¡Qué bello es el sacrificio en la niñez! ¡Qué agradable á los ojos de Dios, y qué provechoso para el niño

que lo sabe hacer! Y de estos sacrificios se han hecho muchos en Bogotá; sacrificios que, á mi modo de ver, son una garantía para el feliz éxito de la obra; sí, porque Dios no puede menos que bendecir una obra embellecida y santificada con actos de virtud heroica, como son todos los actos producidos por el sacrificio; y cuando Dios se complace en bendecir la obra humana, aunque de suyo parezca difícil y hasta imposible, no dejará de llevarse á cabo.

De todos los Departamentos de la República, como es notorio y público, el más infestado y contagiado por la lepra es, sin duda, el Departamento de Santander. Me limito á consignar el hecho, sin pretender averiguar las causas que lo han producido. Deseaba ardientemente conocer la opinión pública de aquel rico Departamento, y saber si entraría en aquella corriente de simpatías para la grande obra, iniciada en la Capital. El éxito de la obra, á mi modo de ver y humanamente hablando, dependía en gran manera del favor que ella tuviera en aquel Departamento. Si allá encuentro generosidad, me decía á mí mismo, la encontraré en todas partes, pues el ejemplo mucho influye; y si no la hallare, no me será difícil provocarla, aduciendo el ejemplo de Santander. Pero si allá en donde hay grandes riquezas y muchos lazarinos, no

encontrare generosidad, y hallare resistencia y apatía, y se inventaren dificultades para no dar, ó para dar escasamente, entonces.... quién sabe lo que hubiera pasado; es de las cosas posibles que el proyecto hubiera abortado, ó que hubiera muerto en su cuna. Pero eran fantasías y elucubraciones mías que no tenían ningún fundamento. Santander se mostró digno de la fama general que tiene de ser uno de los Departamentos más ricos y más generosos de Colombia; y lo mostró con la elocuencia de las cifras durante las pocas semanas que estuve recorriéndolo en parte.

Debo decir que el anciano y virtuosísimo Prelado de aquella Diócesis había prevenido mis deseos enviando anticipadamente á su Clero y á su pueblo una hermosísima circular, para abogar á favor de la obra; de manera que ningún trabajo me costó el despertar el entusiasmo y la emulación al presentarme en aquellas poblaciones. Como en Bogotá, allá también, á la aprobación y bendición de la Iglesia se añadió la aprobación y recomendación del Gobierno; y una obra, sea cual fuere, prohijada, sostenida y favorecida por estas dos entidades, tiene asegurado un éxito feliz; mucho más debía tenerlo la obra del Gran Lazareto, de tánta importancia y de tan premiosa necesidad para Santander.

Como era justo, se dio principio á los trabajos en la capital del Departamento, Bucaramanga. Para mí era de suprema importancia tener buen éxito en aquella ciudad; para conseguirlo, hice varias conferencias, y pude así hablar á todos. ¿Cuál fue el éxito obtenido? A mi llegada, un caballero creyó darme una muy buena noticia, asegurándome que sería muy abundante la cosecha que recogería en aquella ciudad. "Tenga fe en mi palabra—me decía—yo conozco á Bucaramanga; es una ciudad eminentemente comercial y rica, y en generosidad no cede á ninguna otra; con poquísimos esfuerzos, aquí tan sólo recogerá más de $ 4,000." Quedé aterrado; aquella era para mí la peor de las noticias. "Permítame que no le crea, caballero—me animé á objetarle;—y perdóneme si no acepto por buenos sus cálculos. Tengo de Bucaramanga una opinión mucho más favorable y halagüeña de la que usted tiene; me dice usted que aquí no me darán menos de $ 4,000, y yo no me contentaré con menos de $ 40,000 . . ." A su vez se asustó mi interlocutor al oír mentar una cantidad tan gorda. "Dentro de pocos días—acabé por decirle—espero poderle probar con los hechos que no hay equivocación en mis cálculos, sino que es usted quien va errado en los suyos." Fui mal profeta; *desgraciadamente* me había equivocado de veras;

antes de regresar á Bogotá las suscripciones en Bucaramanga habían alcanzado á $ 42,000 en muy buenas firmas.

Después de esto, no tuve la menor duda sobre el éxito brillante que obtendría nuestra obra en aquel Departamento; se marchaba con viento en popa, como vulgarmente se dice; en todas partes yo hallaba el mismo favor, el mismo entusiasmo, la misma generosidad; nada de reticencias ni de excusas; si había dificultades, se vencían.... y se llegó hasta donde no me era lícito pedirlo, ni siquiera esperarlo; se llegó hasta pedir prestado y contraer deudas para dar.

Oíd un hecho que bien merece el honor de la publicidad, á fin de que sirva de ejemplo y de emulación para todos. Entre los que asistían á la conferencia en Pamplona, había un niño que en aquel día había hecho su primera comunión. Ostentaba sobre su pecho una preciosa medalla de oro, regalo de su madre, á fin de que la conservara como un recuerdo de aquel día, el más bello de su vida. Al oír hablar del sinnúmero de sufrimientos físicos y morales que padecen los pobres leprosos en los lazaretos—que en ellos hay también muchos niños que sufren la desnudez, el hambre y toda clase de miserias,—el buen niño se enterneció; se le llenaron los ojos de lágrimas, y resolvió hacer algo él también en provecho de

aquellos pobres hermanitos suyos, víctimas de tan horrible azote. Al acabar la conferencia, la medalla yá no estaba sobre su pecho, la tenía entre sus manos. "Papá.... ¿me permite?" "¿Qué, hijo mío?...." "Quisiera dar al Padre esta medalla para que la convierta en pan y abrigo en provecho de algunos niños lazarinos." "Hijo mío...." "Sí, papá; tengo mucho gusto en hacerlo; yo no poseo plata para el Padre; sin embargo, quisiera darle algo de algún valor; yo tengo un padre y una madre que no me dejan carecer de nada; ellos, pobres huerfanitos, nada poseen, todo les falta; sí, papá, permítamelo usted; me parece que la ocasión es favorable; hoy es el día de mi primera comunión, y el Niño Jesús estará contento de mí." A su vez se enterneció y lloró el padre de aquel niño que manifestaba tener un corazón tan tierno y tan compasivo; "sí, hijo mío, hazlo como tú deseas, contestóle por fin; pero la medalla es un regalo de tu buena madre, y ella y yo deseamos que la conserves como un recuerdo de este día afortunado; en cambio yo te daré el doble del valor que costó la medalla, para que se lo entregues al Padre. ¿Aceptas el trato, hijo mío?" "Oh! sí, papá, y que Dios le pague su bondad." ¿No os parece encantador y conmovedor este hecho, sencillo como es?

Y hay otros no menos tiernos; aquí son pobres sirvientas que piden á sus señoras adelantado todo el jornal de muchos meses, para hacer, como ellas decían, un gran negocio, para ocultar así la obra buena que querían hacer; pues el gran negocio era convertir aquel dinero, fruto de muchas fatigas y sudores, en limosna para darlo al abogado de los lazarinos. Allá es una pobre que lleva al Padre una morrocota obtenida en préstamo, empeñando quizás, con el fin de conseguirla, todos los muebles de su casa. ¿Y no queréis que adelante y prospere una obra que sugiere y que inspira táles y tántos sacrificios?

¿El éxito final cuál fue? En el curso de casi dos meses pude visitar diez y ocho poblaciones. Por la premura del tiempo y la rapidez con que hacía mis excursiones, no alcancé á pedir á todos los ricos que podían dar; y muchos de los que podían y querían dar, por estar ausentes de las poblaciones, no pudieron hacerlo, y sin embargo, las suscripciones alcanzaron á la suma respetabilísima de $ 220,000. ¿Quiénes fueron los más generosos? Todos: los ricos y los pobres, sin distinción ni de opinión ni de partido, ni siquiera de religión ó de nacionalidad; si, pues, hubo en Cúcuta protestantes que dieron más que los católicos, hubo en la misma ciudad extranje-

ros que dieron más que los mismos colombianos.

La mayor suscripción recogida en Bogotá fue la de una persona que quiso guardar el incógnito y que firmó $ 5,000; dos casas comerciales extranjeras en Cúcuta se suscribieron con $ 12,000. He afirmado que todos fueron generosos, es la verdad; empero, debo hacer una excepción, la gratitud me lo exige; y esa excepción debo hacerla en favor del Clero. Hubo seis curas-párrocos que se suscribieron con $ 1,000 cada uno; todos los demás, hasta los más pobres, dos exceptuados por ser pobrísimos, se suscribieron con $ 500 cada uno. Esto fue, yo creo, lo que elevó y mantuvo el entusiasmo en todos á mucha altura, y despertó gran generosidad. Y me interesa mucho que os fijéis en esto: que no fue todo el Departamento de Santander el que dio suma tan crecida, sino una pequeña fracción de él, apenas parte de diez y ocho poblaciones. Y hay otra circunstancia muy significativa y de mucha importancia: que el hecho pasó á raíz de la última revolución que tan furiosamente azotó aquél Departamento; motivo por el cual muchos negocios hallábanse paralizados aún. Sin este contratiempo, en épocas normales de paz y de prosperidad, ¿cuánto me habría dado Santander?

Pero me preguntaréis, ¿á qué vienen estas divagaciones tan poco oportunas? ¿Qué quiere usted probar con estos argumentos? Quiero probar lo que nos interesa á todos saber: que Colombia *puede* y *quiere* hacer algo grande y práctico en favor de sus elefancíacos; que Colombia está pronta para hacer cualquier sacrificio que se le exija, á fin de mejorar la tristísima situación en que se hallan miles y miles de desgraciados hijos suyos; que el Gran Lazareto, que parecía ayer una bella utopia, hoy puede ser una hermosa realidad, si es que se quiere hacer; y en fin, que si para esa obra son necesarios millones, los hijos de Colombia los darán. Hé aquí lo que quise probar. ¿Es una ilusión la mía? No lo creo; ilusión parecía hace unos pocos años construír en Agua de Dios un grande hospital con el *cuartillo* que el finado Padre Unia se atrevió á pedir; y sin embargo, el *cuartillo* se multiplicó de tal manera, que el hospital se levanta hoy grande, bello, cómodo y majestuoso. Ahora Colombia está pronta, en vez del *cuartillo*, á dar el *peso* para el Gran Lazareto; tendríamos entonces cuatro millones de pesos; y confío en que lo darán todos, hasta los más pobres, cuando alguien se lo pida en nombre de la religión, de la patria y de sus hermanos los leprosos. ¿Lo negaríais vosotros? Nó; sino que lo daréis

por vosotros y por los muy pobres que no lo pueden dar.

Sí; Colombia quiere y puede hacer algo grande, algo práctico en favor de sus hijos que sufren. Añadiré ahora que debe, y que debe hacerlo pronto.

Nada tengo que corregir ni quitar á lo dicho en la conferencia del año pasado. Entonces yo os hablaba de 27,600 enfermos de lepra, repartidos en proporciones desiguales en los diferentes Departamentos de la República. Algunos de los que me oyeron no creyeron; otros hallaron exageración en mis cálculos; pero muchos creyeron, y se espantaron ante la enormidad de aquellos guarismos. Repito que nada tengo que quitar á aquellas cifras, aterradoras como son, sino que tengo algo que añadir.

La primera vez que hablé en Santander, al bajar del púlpito, me llamó á una entrevista el primer Magistrado de aquel Departamento. Hijo de esa tierra, hombre de alguna edad yá, de gran prestigio y de mucha experiencia, estaba en el caso de hacerme revelaciones importantes sobre la materia, y yo debía aceptarlas sin la menor desconfianza. Y bien: hablando del número de elefancíacos de Colombia, díjome estas precisas palabras: "hay quienes piensan que es exagerado ese número de 27,600 enfermos de que habló en su conferencia; por parte mía

creo que no hay ninguna exageración; por el contrario, soy de opinión que ese guarismo es muy incompleto. Por mi edad, por la experiencia y el conocimiento que tengo de mi tierra, me atrevo á afirmar que tan sólo aquí en Santander pasan de 25,000 los enfermos de lepra. La estadística exacta no la conoce nadie, porque nadie alcanzó á levantarla; pero juzgo que no me equivoco en lo que afirmo."

Por los datos recogidos luégo allá sobre el terreno, me convencí de que se me había dicho la verdad. Poco antes de llegar á Pamplona, un caballero que me acompañaba, llamó mi atención á dos pueblecitos puestos allá entre las montañas; "se llaman El Valle y San Andrés, me dijo. Y bien: en los primeros meses de este mismo año (1895), uno de los médicos oficiales fue encargado de levantar la estadística de los elefancíacos en ambos pueblos, y encontró que llegaban al enorme número de tres mil (3,000); es decir, la gran mayoría de la población."

Por parte mía, pude comprobar que todos los pueblos que llegué á visitar están dando un buen contingente de enfermos; los unos, más; los otros, menos; pero el germen está en todos. Hay enfermos que viven en los campos; otros, los más peligrosos, es decir, los ricos y pudientes, viven en las poblaciones en la más completa libertad; y el mal, con ser

enormemente grave, no tiene remedio. En el Lazareto de Contratación no cabe mayor número de enfermos de los yá existentes. Además, muchos no pueden ir, aunque lo quieran, ó por el estado de salud en que se hallan, ó por las distancias; muchísimos no quieren ir. Los que van, por el estado lamentable en que se encuentra aquel Lazareto, y por la carencia de muchas cosas, no quieren quedarse, y huyen cuando á bien lo tienen,.. y el mal crece, crece espantosamente. ¿Cuándo se levantará un dique á ese torrente impetuoso y devastador que tántos estragos ha hecho yá y está haciendo en aquel riquísimo Departamento de la República?

¿De manera que son más de 27,600 los lazarinos en Colombia? Partiendo del principio que el solo Departamento de Santander tiene 25,000, más ó menos, hay que confesar que son muchos, muchísimos más. ¿Llegarán á 40,000? ¿á 50,000? ¡Quién sabe! ¡y qué horrible es esta duda! En meses pasados, por el Ministerio de Gobierno se envió á todas las autoridades departamentales de la República una circular en que se pide encarecidamente y á la mayor brevedad posible, la estadística exacta de los enfermos de lepra. Supe en estos días que de ninguna parte se había contestado. ¿Por qué? ¿No han querido? Nó; no han podido;

porque es cosa sumamente larga y difícil obtener una estadística precisa del número de los enfermos existentes; solamente con una voluntad enérgica se llegaría á tener ese dato tan importante y cuyo conocimiento es muy necesario. Pero bio de datos precisos, tenemos otra clase de datos que arrojan mucha luz en esta materia; pues sabemos que poblaciones libres completamente de la lepra hasta ayer, hoy han recibido yá su desagrable visita; que otras poblaciones que no tenían sino muy pocos enfermos, ahora tienen muchos; sabemos que el mal no se contenta con sentar sus reales en la choza del mendigo y hacer estragos en la clase de la población hambreada ó desaseada; sino que los va sentando en el palacio del rico, y que siega víctimas entre las personas acomodadas. Sabemos que Departamentos, hasta hace poco absolutamente libres del azote, debido quizá á la salubridad del clima y á la moralidad del pueblo, hoy, sin que se hayan modificado las causas, son terriblemente maltratados por el monstruo. Así es como el Departamento de Antioquia, que unos años hace, no conocía la lepra sino de *oídas*, hoy la conoce *de visu*, pues ve al monstruo pasearse tranquilamente por muchas de sus poblaciones.

Idéntica cosa ha pasado en el Cauca; y es tan crecido el número de enfermos

allá, que aquellas autoridades han resuelto definitivamente levantar un Lazareto para su uso exclusivo; mientras tanto, hay aviso oficial de que llegarán pronto 150 enfermos para el Lazareto de Agua de Dios, que no los podrá recibir por falta de local y de medios de subsistencia. A propósito de Agua de Dios: en el año de 1892, no llegaban á 400 los enfermos; hoy casi se han triplicado, pues pronto llegarán á 1,000; y si no pasan de este número, es porque falta techo y abrigo, y pan para quitarles el hambre. ¿Qué significa esto? ¿Que hay más empeño y más celo en las autoridades para exigir el aislamiento de tales enfermos? ¿O que hay más empeño y más celo en los enfermos para ocultarse á las asustadas miradas de los sanos? Ni una cosa ni otra: hay autoridades que aunque tengan enfermos pared por medio, no creen que existen; que si existen, son inofensivos. En cuanto á los enfermos, me atrevo á decir que son muy contados aquellos que tienen el valor moral y la fuerza de voluntad suficiente para desterrarse espontáneamente é ir á los Lazaretos; y no tienen toda la culpa los pobres lazarinos: tienen la culpa ciertos lazaretos, que muy bien podrían servir de tema á otro Dante Alighieri para crear los horrores de otro infierno. ¿Queréis que os diga por qué hay mas enfermos en los La-

zaretos ahora que antes? La razón es muy sencilla; oídla: es porque hay un mayor número de ellos en todas las poblaciones. Es porque este mal tiene muchos antojos, y le gusta burlarse de todos los que se burlan de él. Según la teoría de ciertos médicos, la lepra no es hereditaria; según la teoría de otros, no es contagiosa. ¿Quiénes se equivocan? ¿Los primeros ó los segundos? ¡Quién sabe! Probablemente se equivocan tanto los unos como los otros. Profano en la ciencia de Galeno, no quiero ni puedo contradecir ni á éstos ni á aquéllos; pero sé que no yerro ateniéndome á los hechos que se ven, que se palpan y que se repiten todos los días; y estos hechos, mucho más elocuentes que las teorías, dicen que el mal crece, se multiplica y desborda por todas partes con un *crescendo* y una violencia espantosa. A este punto, juzgo muy en su lugar una pregunta que requiere contestación categórica de parte vuéstra: si las cosas siguen en las proporciones que tienen hoy; si continúa la inercia de los unos, la apatía de los otros, la indiferencia de todos; si por cierta mal entendida compasión, que se dice tener para con los pobres enfermos, continúan éstos en absoluta libertad de vivir en donde quieran, de hacer lo que se les antoje; de casarse con personas sanas, si les da el capricho de hacer-

lo; de vendernos sus productos; de enviarnos el dinero manoseado por ellos, etc. etc., ¿qué será de Colombia dentro de cincuenta años? Si hace cincuenta años no tenía Colombia la centésima parte de los leprosos que ahora tiene, ¿cuántos contará al cabo de otros cincuenta? Oíd cuál es la opinión de uno de los médicos de la capital que mayores estudios han hecho sobre esta materia: "Hay quien haga pasar de veinte mil el número de enfermos (27,600, según las estadísticas) de esta terrible dolencia; pero aun suponiendo exagerado este guarismo, reduciéndolo á la mitad, á la cuarta parte, dada la naturaleza infecciosa de la enfermedad y demostrado hasta la evidencia su contagio, ¿qué sucederá dentro de algunos años? Si suponemos que cada leproso puede en el curso de su enfermedad—que ordinariamente es de larga duración—contaminar á diez personas, en lugar de cinco mil leprosos tendremos cincuenta mil, quinientos mil, cinco millones, una República de leprosos.... en día no muy remoto." Hé ahí la opinión del señor doctor D. Juan de Dios Carrasquilla, en su primera conferencia sobre seroterapia, leída en la Policlínica de Bogotá el 1.º de Julio de 1895.

¡Y todavía hay quienes se atrevan á afirmar que hay crueldad, falta de religión, de caridad y de humanidad en el

hecho de pretender separar á los enfermos de los sanos! ¡Que es antisocial y antipatriótico eso de arrancar á los brazos y al cariño de las familias á los seres amados heridos por el mal! ¡Y hay quienes se atrevan á aconsejar por la prensa la resistencia y la rebelión, dado el caso de que el proyecto se convierta en hecho! ¡Qué aberración! Entonces, antirreligioso y antihumanitario y antisocial, bárbaro y cruel fue Moisés, el gran caudillo del pueblo de Israel, pues fue él el primero que legisló sobre la materia, ordenando el aislamiento de los enfermos; y todo eso fue el mismo hijo de Dios, Jesucristo, el cual, habiendo venido á este mundo para reformar en muchos puntos la legislación de su Profeta, no la modificó sin embargo en este punto, y la dejó tal cual la había encontrado; todo eso fueron los príncipes de Europa en la Edad Media, pues no solamente permitieron sino que ordenaron el aislamiento de los enfermos, bajo severísimas penas. Todo esto, es decir, antirreligiosos, antisociales, antihumanitarios y crueles serían hoy en día los Gobiernos de Suecia y Noruega, que permiten y ordenan el aislamiento; lo serían los Gobiernos de Nueva Orleans, de Cuba, de la Habana, y de todas las demás naciones, las cuales, teniendo enfermos de lepra, permiten y ordenan y exigen el aislamiento más

riguroso. ¿Os atreveríais vosotros á poner vuestra firma á esas declaraciones?

¡Antirreligioso el separar á los sanos de los enfermos! Mas, entonces, explicadme cómo es que la Iglesia Católica, la tutora más rígida y más intransigente, tratándose de los derechos individuales de todos sus hijos, cómo es que nunca ha anatematizado á los fautores de tales crímenes, ni siquiera ha levantado su voz para desaprobar estos hechos tan repetidos, sin embargo, hoy como siempre? ¿Por qué calló siempre, por qué ella, que es amantísima y celosísima madre, no hubiera hablado si hubiese visto alguna injusticia en estos hechos?

Salus populi, suprema lex est; es este un aforismo muy conocido de todos, y que encontráis en los códigos de todos los pueblos. ¿No creéis vosotros que ha llegado la hora en que deben recordarlo y aplicarlo los mandatarios y los legisladores de Colombia? No es este tan solo un deber de caridad, lo es de justicia; lo permite la Religión, lo pide la patria amenazada; lo exige la salvación del pueblo de Colombia; *salus populi suprême lex est.*

Leyendo en estos días las Memorias del Cardenal Massaja, que pasó treinta y cinco años en Africa, misionero y apóstol de Abisinia, he encontrado que en tratándose de leprosos la ley los obliga-

ba á vivir en los desiertos y bosques apartados, muy lejos del centro de las poblaciones. ¿ Quién ha enseñado á aquellos pueblos, bárbaros todavía, tales medidas de precaución ? El sentido común, el instinto de su propia conservación ; ¿ y por qué no lo hará la muy cristiana y la muy civilizada República de Colombia ? ¿ Es que se espera que sean los lazarinos los que se apresuren á pedir al Gobierno que los aísle ? Ese día no llegará nunca, puedo asegurároslo. ¿ Diréis que se esperan tiempos mejores ? Los tiempos futuros serán todos peores ; el mejor tiempo es el de que puede disponerse al presente ; cuanto más se retarde, más difícil será la empresa. ¿ Quizás sea prudente esperar una época favorable en que el proyecto no tenga contradictores ni opositores ? Esa época no la verá nadie ; á este proyecto no le faltarán nunca adversarios de mala ó de buena fe. ¿ Entonces me atreveré á insistir en el proyecto anunciado en el año pasado, del Gran Lazareto ? Sí, señores ; me atrevo á insistir en él, porque no deja de ser conveniente y necesario que se haga hoy lo que debía, por conveniencia y por necesidad, haberse hecho yá desde el año pasado y desde mucho tiempo antes ; ninguna circunstancia se ha presentado hasta hoy para obligarme á variar de propósito. Mas ¿ no podrían siquiera introducirse modificaciones en

el proyecto ? Eso sí, yo no soy absolutista sino en los artículos de la fe ; en todo lo demás se puede y se debe variar de opinión en muchos casos y en muchas cosas. Por ejemplo, en la materia de que estamos tratando pueden hacerse muchas y muy sustanciales modificaciones ; en lugar de hacer el Gran Lazareto en los Llanos de San Martín, podría construírse en una isla del Atlántico ó del Pacífico ; en lugar de un Lazareto, podría hacerse dos, con elfin de evitar la mucha aglomeración de enfermos, y facilitar su traslación á un punto más cercano. Hasta podría pensarse seriamente en hacer hospitales-lazaretos departamentales, á lo menos en los Departamentos más amagados por el mal. Y como este último proyecto á muchos parece el más factible y realizable y tiene gran número de favorecedores, me permito una observación muy importante. Antes de adoptarse definitivamente este proyecto por aquellos que pueden y deben aceptarlo, piénsese mucho en las serísimas dificultades con que se tropezará cuando se trate de realizarlo. Apenas las indico : 1.ª Gastos inmensamente mayores ; 2.ª La necesidad de proveer de abundantes aguas á los diferentes Lazaretos, lleva consigo un gran peligro de contagio para las poblaciones que aún no tienen el mal ; 3.ª Dificultad para proveer los Lazaretos

de médicos, de sacerdotes y de Hermanas de la Caridad, en la proporción que los necesiten; y 4.ª Resistencia y repugnancia grande, cierta, de las poblaciones colindantes con los puntos que se eligen para la construcción de los Lazaretos. Puse esta dificultad en último lugar, pero por su gravedad debía haberla puesto la primera. En días pasados, para dar cumplimiento á un Decreto del Gobierno, se trató de comprar á cualquier precio una casa vieja, muy aislada, habitada en otro tiempo por lazarinos, situada en las cercanías de Chapinero. El negocio, sin embargo, no pudo hacerse á pesar de convenirle al propietario de la casa. ¿Por qué? Por muchos motivos; creo que no fue el último y el menos despreciable, las protestas significativas de viva voz y por escrito de los vecinos, aunque los tales vecinos viven á una distancia regular, en Chapinero. Si esto pasó tratándose de una casa para doce enfermos, ¿qué pasará cuando se trate de grandes hospitales, capaces de dos, tres, diez mil enfermos cada uno? A vuestra perspicacia dejo la difícil respuesta.

Sea; pero, y ¿quiénes resolverán en definitiva cuándo, cómo y en dónde se harán los Lazaretos departamentales, ó el Gran Lazareto nacional? Esta será materia de discusiones particulares entre

las autoridades y los hombres de ciencia; ellos son los únicos competentes para decirnos la última palabra en este asunto tan espinoso. Lo que importa saber es si el Gobierno quiere hacer algo práctico en esta materia; sobre esto tengo datos muy recientes, para contestar afirmativamente.

"Después de la conservación de la paz —me decía en días pasados un alto y prestigioso funcionario público—lo que más preocupa al Gobierno es esa eterna y muy debatida cuestión de los lazarinos y de los Lazaretos. "Bien dicho: pero no basta que se preocupe el Gobierno; es necesario que se preocupen todos, el Congreso, las autoridades departamentales, los particulares, ricos y pobres; y no sólo con las palabras, sino con los hechos, á fin de que todos estén prontos para hacer los sacrificios que se les pueda pedir, para que, mancomunados los esfuerzos y las voluntades de todos, se lleve un eficaz remedio á esa gran necesidad de la República, la mayor quizás que tiene en el día. Si á vuestras fronteras se presentara de repente un enemigo poderoso para hollar vuestro suelo y amenazar vuestra independencia, todos vosotros, ahogando las rencillas, las discusiones lugareñas y domésticas, volaríais á rechazar con brazo fuerte al intruso que así os desafiara y amenazara; y bien: el enemigo no está á las

fronteras, lo tenéis en casa hace tiempo; y no para estarse con los brazos cruzados, sino para envenenar, destruír y matar á miles de vuestros hermanos; ¿y vosotros quedaréis aún impasibles? A la obra, pues; y quered para vosotros la gloria de ser los redentores de vuestra tierra.

"Bueno; pero ¿acabará usted sin decirnos una palabra siquiera sobre la seroterapia? ¿Ignora acaso que en ella están fincadas las más risueñas esperanzas para enfermos y sanos?" Tenéis razón: incompleta quedaría esta conferencia si yo me resistiera á dar mi opinión sobre la materia, y mal interpretado y sospechoso sería mi silencio. En días pasados se dijo, por quienes no lo sé, que el que os habla desprestigiaba y era hostil á la seroterapia; muy recio debió hablarse, puesto que la cosa llegó hasta Agua de Dios, y recibí amargos reproches de algunos de mis mejores amigos que allá tengo; no sé si hubo buena ó mala fe en la invención gratuita. No sabiendo á quiénes contestar directa, lo hice indirectamente por medio de un memorial al Ministro de Gobierno, que no es imposible hayáis visto. Su objeto era rechazar y desvanecer aquella calumniosa especie, tan injustamente inventada y propalada. y dar mi opinión franca sobre la materia, Sin hipocresía de ninguna clase, repito

ahora lo que escribí entonces. Yo creo en la seroterapia como creo en la ciencia, que cada día nos sorprende y nos admira con nuevas y maravillosas invenciones. Creo en la seroterapia, es decir, creo que puede ser ese el tósigo que mate y destruya para siempre á ese *rey de los espantos*, la lepra. Creo en la seroterapia, porque creo que Dios al lado de toda enfermedad ha puesto el relativo remedio; el hecho de no haberlo encontrado no quiere decir que no existe. Creo en la seroterapia. Hallábame en Barichara cuando llegó la gran noticia; creí volverme loco de alegría. Llegada la hora de subir al púlpito para hacer mi conferencia, me esperaba ansioso todo un pueblo, ¿qué dije? Comuniqué á aquel pueblo la gran noticia recibida, y le convidé á unirse conmigo para dar gracias al Señor de las misericordias y entonar el himno de Agustín y Ambrosio, el *Te-Deum*. ¿Por qué lo hice así? Porque creí, y creo aún, á pesar de todo lo que se diga.

Pero hasta hoy, en tántos siglos, con tánta ciencia, con tántos sabios, nadie supo ó pudo dar con el remedio; quién sabe si todo eso que se dice y se escribe de la seroterapia será cierto. ¿Por qué no? ¿Por ventura es esta una de las cosas imposibles? Hasta ayer, el mundo científico no conocía el virus contra la

rabia, no conocía el suero contra la difteria, contra la tisis; hoy son casi teoremas matemáticos. ¿Y los rayos X del célebre profesor alemán, cuántos siglos de existencia tienen? Pocos meses apenas; y bastó tan poco tiempo para que la gran noticia diera la vuelta al mundo, llenara de asombro la numerosa familia de los sabios, y causara profunda revolución en la ciencia médica. El último correo nos trajo la noticia de que ensayos repetidos habían probado que la seroterapia probablemente cura el *cólera morbus*; ¿por qué será imposible llegar por fin á curar la lepra, y que esta gloria corresponda á Colombia? Sí, creo que la seroterapia puede ser la panacea que salve á Colombia de ese mal horrible que la tiene cogida entre sus garras hediondas; pero esto no quita que al mismo tiempo yo crea en la necesidad del Gran Lazareto Nacional. La seroterapia está haciendo verdaderos prodigios; pero, observadlo bien: en las enfermedades agudas. Aquí en Bogotá, el remedio aplicado á tiempo, ha salvado yá á varios niños, enfermos de difteria, de una muerte segura; en estos casos, siendo localizado el mal, el remedio aplicado á un solo punto infecto, produce una verdadera y activísima reacción y destruye el mal. Esto no pasa con las enfermedades *crónicas*, y no puede ser de otra manera. Sin que tengamos, los

profanos, ninguna noción de medicina, no nos es difícil comprenderlo. Ved á ese enfermo de lepra; está apenas en el primer período de la enfermedad; ayer tan sólo, sintió los primeros síntomas del horrible mal; y sin embargo, la masa de su sangre está totalmente corrompida yá, porque el mal estaba latente, imperceptible, quién sabe desde cuánto tiempo. Ved á ese otro; ha llegado al último período; es un esqueleto ambulante. Todo su cuerpo, su sangre, sus carnes, tejidos y huesos, forman una masa deforme que no tiene nombre; ¿cuánto tiempo ha empleado el mal para causar tántas ruinas? Quién sabe. Conozco algunos enfermos en Agua de Dios, que sufren el mal desde 40, 50 años; y pueden vivir otros 10, 20 años más; ¿creéis posible que en estos casos y en otros parecidos, unas cuantas inyecciones de suero antileproso puedan reconstruír todo un edificio desmoronado yá? Sería lo mismo que pretender, con unas pocas cucharadas de almíbar, dulcificar todas las amargas aguas del mar. De estos principios, que me parecen razonables, saquemos una consecuencia también muy razonable. En ciertos enfermos, llegados yá al último período, creo que el mal yá no tiene remedio; en otros, el remedio será eficaz, después de muchos años de paciente labor; en los que apenas principia el mal, el remedio será más

activo y más rápida la curación. Los experimentos que se han hecho con admirable constancia de un año á esta parte, nos permiten deducir que la teoría es justa. Serán, pues, necesarios muchos años para que la seroterapia venga á ser totalmente su mortal enemigo. Mientras tanto, ¿qué hará el monstruo? ¿Echaráse á dormir? ¿Emigrará á otras tierras, viéndose combatido aquí tan tenazmente? Yo creo esto: hallándose la lepra acosada en todas partes por la ciencia, sufriendo guerra tan feroz, amenazada de destrucción y de muerte, creo que hará de las suyas, como vulgarmente se dice; viéndose condenada á perecer, tratará de vengarse lo más que le sea posible. ¿Cómo? Multiplicando sus víctimas. ¿No lo creéis así vosotros?

He leído atentamente el largo y minucioso informe que el señor doctor Carrasquilla envió, en el mes pasado, á la Academia de Medicina de Bogotá, sobre los progresos de la seroterapia de un año á esta parte. ¡Qué laberinto aquel! Cuántas dificultades en la preparación y conservación de los sueros! ¡Cuántos peligros de que se corrompa y se convierta en veneno la medicina! Se requiere habilidad para sangrar el enfermo, para inyectar el caballo; unos enfermos no pueden soportar más que unos pocos centímetros de suero; otros más; otros menos. Las

inyecciones no pueden ser períodicas; es decir, un enfermo la puede recibir con provecho cada dos días; un segundo, cada tres; un tercero, cada cuatro ó cada diez, etc. etc. Cualquiera equivocación puede ser fatal para el paciente. Se requieren habilidades y conocimientos especiales hasta para los frascos en que debe conservarse el suero, para manejar los filtros y la lanceta que debe introducir en las carnes el remedio. El informe enumera otras cien dificultades más ó menos graves, que sería muy prolijo querer siquiera recordar someramente. ¿A qué viene todo esto? A probar que el remedio existe, pero que es un remedio muy lento y dificilísimo en su preparación y en su aplicación; y también que puede ser peligrosísimo si cae en manos poco expertas. Luego, ¿habrá que declarar guerra á muerte á la seroterapia? ¿Será justo desprestigiarla, combatirla, condenarla sin compasión al ostracismo? Absolutamente. Hé aquí algunas medidas que me parecen excelentes y prácticas, y que podrían adoptarse desde luego. Llévese el remedio á los Lazaretos, únicamente á los Lazaretos, con prohibición absoluta de aplicarlo fuera de ellos. Continúense los experimentos bajo la inmediata vigilancia de hombres de ciencia y de experiencia; pídanse á Europa todos los instrumentos que la ciencia ha inventado ó

pueda inventar, para la buena fabricación y conservación de los sueros; sigan los Gobiernos general y departamentales favoreciendo y alentando ese ramo de estudios; remuneren todos, conveniente y generosamente, á esos sabios que para atender á su obra eminentemente patriótica y humanitaria, tendrán que hacer el sacrificio de abandonar sus familias, sus intereses y sus estudios; en fin, imiten todos al Gobierno de Santander, el cual, en la última Asamblea, votó una crecida suma de dinero como recompensa para el médico que primero llegase á probar con hechos la curabilidad de la lepra. Después de todo esto, no será ni mañana ni pasado cuando tendremos la última palabra de la ciencia relativamente á la seroterapia; esa última palabra, hay que esperarlo, la oiremos más tarde; y no será demasiado tarde aunque no la oigamos nosotros, sino los hijos de la nueva generación.

Para compendiar todo lo dicho: ¿qué hay que hacer ahora? Que se den la mano, como buenas hermanas, la Caridad y la Ciencia; que ambas trabajen con ardor, cada una en campo distinto, pero con el mismo fin, de aliviar cuanto más les sea posible esa infelicísima suerte que sufren tantos miles de enfermos. ¿Llegará el día en que la seroterapia cure la lepra de veras? Gracias á Dios;

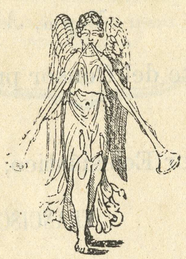
en ese caso, la Caridad le dejará libre el campo, y aplaudirá con entusiasmo el gran triunfo obtenido por su afortunada hermana, la Ciencia. ¿No llegará sino á aliviar á los enfermos en sus grandes dolores? Gracias á Dios también; en ese caso seguirán la Caridad y la Ciencia fraternizando, sin contradecirse, sin molestarse; tratando de perfeccionar la obra cuanto más sea posible.

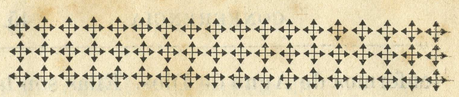
Recordad, pues, lo dicho en un principio: Colombia quiere y puede hacer algo grande, práctico, á favor de sus hijos lazarinos, y debe hacerlo pronto. Sé lo que me objetáis: que el proyecto está rodeado de grandes dificultades, y costará enormes sacrificios. No lo puedo y no lo quiero negar; no: el proyecto de uno ó de varios Lazaretos está rodeado de muchas y serísimas dificultades; costará muchos y enormes sacrificios al Gobierno y á los particulares. ¿Qué significa esto? Significa que mayores méritos tendréis vosotros si os decidís á dar forma y vida al proyecto; significa que será timbre de honor, y monumento de gloria imperecedera para el Gobierno ó la generación que se resuelva á llevarlo á cabo. ¡Oh! de qué no es capaz una voluntad firme y decidida! El Padre Miguel Unia, de feliz memoria, pudo todo lo que quiso, porque quiso todo lo que pudo. Desde que, por inspiración divina, resolvió sacrificarse

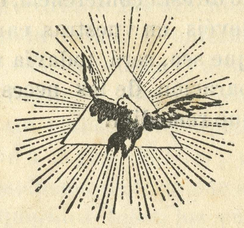
por sus queridos hermanos de Agua de Dios, no tuvo paz ni sosiego su corazón. Bien lo puedo decir yo, á quien fue dado penetrar los secretos de aquella alma noble. No lo arredraron las dificultades, ni su quebrantada salud, ni enfermedades repetidas y casi seguidas. Varias veces lo visteis llegar á Bogotá casi moribundo; y sin embargo, siempre resuelto á regresar á Agua de Dios; pues tenía firme resolución de terminar sus días entre sus queridos hijos, los enfermos. Cayó por fin, en donde y cuando menos lo pensaba; pero cayó como caen los héroes, obteniendo la victoria; pues es una verdadera victoria morir por una causa tan bella y tan santa como es la que abrazó el Padre Unia. Queredlo vosotros también y lo podréis. A vosotros no se pedirá el sacrificio de vuestra vida; bastará un sacrificio de vuestra bolsa. Algunos lo habéis hecho yá, y os creo capaces de repetirlo; los que no lo hubiereis hecho todavía, lo haréis tan pronto como se presente alguno para pedíroslo. A todos un millón de gracias en nombre de Dios, de la religión, de la caridad, de la patria y de la gran familia de los leprosos.

A la puerta del templo hallaréis unas señoras hermanas de la benemérita Sociedad de San Lázaro. Son las amigas, las bienhechoras, las madres de los 1,010

enfermos de Agua de Dios. Ellas son las que os pedirán una limosna por amor de Dios y del prójimo y en nombre de la caridad cristiana; y vosotros, como primer fruto de esta conferencia, dadles todo lo que llevéis en vuestras carteras. Por mucho que sea, será todavía muy poco, en comparación de las necesidades que tienen que remediar.







GOBIERNO ECLESIASTICO

Bogotá, Agosto 12 de 1896

Por parte del Censor puede imprimirse.

El Censor Eclesiástico,

FRANCISCO J. ZALDUA

Bogotá, Agosto 12 de 1896

Visto el informe del señor Censor Eclesiástico, puede imprimirse.

JOSE M. PLATA

Imprenta Nacional—Calle 9, No. 175 B—Bogota

Helguera Collection

PAMPHLETS

Number: P- 1072

Author: Rabagliati, Evasio (Salesian)

Title: Conferencia sobre la necesiadad del asilamiento de leprosos dada en Bogotá el 2 de agosto de 1896 en la sesión solemne de la Sociedad de San Lázaro.

Place of Publication: Bogotá

Publisher: Imprenta Nacional 175 B Calle 9, 175B (sic)

Date: 1896

Dimensions: 25 5/10 x 17 6/10 cms; 5-45pp.

Condition: Wrappers worn, dirty , foxed, and top edges of many pages, from title page, eaten away by rodent, but inteior pages despite some dirt on edges, quite legible, fair.

General Notes:

This Salesian priest advocates ths total isolation of lepeps from society, and solicits the charity of his listeners in the San Lázaro Society.

A.F.

437-465 15

helguera_P_1072_

001	√	437	Front Cover
002	√	438	back of front Cov + title page 1
003	√	439	back/tite p. 2 + page 3 („conferen)
004	√	440	page 4 + 5
005	√	441	6 + 7
006	√	442	8 + 9
007	√	443	10 + 11
008	√	444	12 + 13
009	√	445	14 + 15
010	√	446	16 + 17
011	√	447	18 + 19
012	√	448	20 + 21
013	√	449	22 + 23
014	√	450	24 + 25
015	√	451	26 + 27
016	√	452	28 + 29
017	√	453	30 + 31
018	√	454	32 + 33
019	√	455	34 + 35
020	√	456	36 + 37
021	√	457	38 + 39
022	√	458	40 + 41
023	√	459	42 + 43
024	√	460	44 + 45
025	√	461	46 - logo of Gobierno Eclesiastico
			+ page 47 - „San Lazaro
026	√	462	48 + 49 (blank)
027	√	463	back of Cover
028	√	464	notes 1
029	√	465	notes 2